



**A** **K** *dem*  
*Reseñas*  
**A** **S**







CARLOS PACHECO, LUIS BARRERA LINARES Y BEATRIZ GONZÁLEZ STEPHAN (coordinadores). (2006). *Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana*. Caracas: Editorial Bigott/Banesco/Equinoccio.

UNA LECTURA DE *NACIÓN Y LITERATURA*. PROPOSICIONES PARA UN MAPA GENERAL DE LA CULTURA VENEZOLANA. (Primera parte: de los cronistas de Indias a los comienzos del siglo XX)

Son ya múltiples los esfuerzos individuales y grupales por describir, analizar, interpretar y comprender la literatura venezolana como un proceso medianamente orgánico o no, con raíces, troncos, ramas y frutos más o menos evidentes, según cada visión, a lo largo de nuestra historia cultural. En principio, tal vez, fueron las lecturas individuales. Unas con más lucidez que otras, cada una con sus aciertos y desaciertos, desde Gonzalo Picón Febres hasta José Napoleón Oropeza, gracias igualmente a los nombres de Mariano Picón Salas, Arturo Uslar Pietri, Juan Liscano, Orlando Araujo, Julio Miranda, Jorge Romero León, Rafael Arráiz Lucca y de algunos otros, nuestros intelectuales se han abocado a la empresa de leer y de estudiar con detenimiento parcelas (géneros, épocas, movimientos) de nuestra literatura que, al conectarse, pueden ofrecer acercamientos válidos, ricos y útiles, casi siempre, para verla como totalidad.

Más recientemente, otros intelectuales se han dado a la tarea de fungir como directores de orquesta, agrupando a diversos escritores, investigadores y académicos para ensayar la literatura nacional desde la lectura transdisciplinaria y grupal. Se ofrecen así, de un mismo asunto, las más diversas lecturas, las más distintas piezas del rompecabezas absoluto que el lector, con un poco de tiempo y atención, será capaz de armar. Los resultados de tales esfuerzos compilativos van sintiéndose poco a poco en el mundo literario. Si toda literatura, siguiendo la idea de Ángel Rama, solo es posible luego de que la crítica sería capaz de sistematizarla y convertirla precisamente en literatura, podemos estar seguros de que esfuerzos como el de Carlos Pacheco, Luis Barrera Linares y Beatriz González Stephan en *Nación y literatura. Itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana* (2006) nos ayudan a darle un cuerpo real, un rostro con rasgos bien delineados, un carácter y una personalidad específicos a la literatura nacional como totalidad.



*Nación y literatura* se divide en cinco grandes partes en las que investigadores, escritores, académicos de todas las universidades importantes del país e intelectuales en general *leen*, cada uno, un trozo de la cultura de nuestra nación, desde el período colonial hasta nuestros días. En vista de su extensión, amplitud y complejidad como totalidad, dividiré en dos partes la presentación de este libro, llamado a convertirse en texto capital para la comprensión de nuestra literatura y cultura, para la comprensión de lo que fuimos, somos, y tal vez seremos como venezolanos. Una compilación que será, probablemente, un clásico en su género. Comentaré, entonces, algunos de los trabajos incluidos en cada una de sus cinco partes sin pretender agotarlos, ofreciendo, más bien, una lectura panorámica de los textos que considero piezas fundamentales en el libro. En esta primera entrega me limitaré a la apertura del conjunto y a sus dos primeras partes, las que se encargan de explorar el conglomerado de textos escritos en y sobre lo que poco a poco se fue convirtiendo en Venezuela, desde la obra de los cronistas de Indias hasta el comienzo de la República y todo el siglo XIX.

El libro abre con la “Presentación” (p. XVII) y con la “Introducción: palabras para visualizar un país” (pp. 1-6), en las que los patrocinantes y los coordinadores explican el sentido, alcance y método de su empresa, deteniéndose en la idea de Rama antes mencionada y en la necesidad de estudiar el papel que ha tenido la literatura en la construcción de una sensibilidad y un imaginario venezolanos. Les sigue un “Pórtico de Venezuela” (pp. 7-31), escrito por Pedro Cunill Grau, en el que se ofrece un amplio panorama de lo que ha sido y es Venezuela, su historia, geografía, biodiversidad, demografía, y en donde se detallan elementos constitutivos de algunos de los cambios importantes en la cultura venezolana, como la primera mirada de los europeos ante el nuevo continente, el paso del país de una economía agraria a una petrolera o el papel de la inmigración en la configuración de lo que nuestra cultura ha llegado a ser. El texto cierra vaticinando con alarmante lucidez cómo podría desarrollarse el nuevo siglo, cuya primera década ya casi termina.

Pasamos así a la primera parte “Formación de la sensibilidad criolla” (pp. 33-186), donde las miradas se explayan en el análisis de las primeras escrituras de nuestro territorio nacional. El primer texto: “Cronistas e historiadores: ¿antecedentes de nuestra literatura?” (pp. 35-50), firmado por Pilar Almoina de Carrera, propone el estudio de cómo las obras de los cronistas de Indias (fray Pedro de Aguado, Juan de Castellanos, fray Pedro Simón, fray Gaspar de Carvajal, José de Oviedo y Baños) constituyen el primer material supuestamente literario de lo que más adelante y con precisión se llamará *Venezuela*. Aunque en esas escrituras

iniciales el contenido informativo se lleva el peso principal y el afán por la supuesta veracidad histórica a veces anula cualquier otro modo de aproximación o mirada del mundo representado, *no puede negarse*, dice Almoina, *que en algunos de nuestros primeros cronistas había ya una cierta conciencia literaria*. Y aunque casi todos coinciden en dibujar el territorio americano como un lugar lleno de riquezas pero hostil, a los indios como bárbaros, y a los españoles como héroes o aventureros, ciertamente cada autor pone en escena su propia subjetividad y sus ideas relacionadas con el mundo descrito, que son casi tópicos, se van matizando y desarrollando en cada uno de manera distinta, con algunas variables notorias. En cualquier caso, el estudio propone una serie de datos y lecturas asaz interesantes y pone sobre el tapete, ya en esos textos inaugurales, la preferencia de los cronistas por uno de los temas que se convertirá, algunos siglos después, en el tema novelesco por excelencia de la literatura venezolana: el enfrentamiento entre el hombre y la naturaleza.

El segundo ensayo, “Valor, honor y fama en la literatura colonial” (pp. 51-62), permite a Claudio García Soto una exploración de ese viejo problema de la teoría y la historiografía literaria hispanoamericana: ¿dónde acaba lo meramente documental y dónde empieza lo literario en nuestros textos fundacionales? Así mismo resalta algunos de los problemas existentes en las interpretaciones de nuestros primeros objetos literarios: la ausencia de teorías específicamente latinoamericanas hasta bien entrado el siglo XX y la ausencia, hasta mucho más tarde, de teorías o críticas nacionales, el uso, en consecuencia (García Soto habla de *emparché*) de las europeas; o los acercamientos a los textos literarios que se limitan a contextualizaciones extraliterarias y pecan, entonces, del absoluto olvido de *lo literario en la literatura*, un vicio mucho más frecuente, al menos en el mundo académico, de lo que cualquiera podría imaginar.

Al texto de García Soto le sigue un minucioso estudio de Vilma Vargas sobre “La poesía como canción en la Venezuela colonial” (pp. 63-74) en el que se repasa con enorme cuidado histórico la forma y presencia de lo lírico durante nuestro período colonial, su lazo indisoluble con lo musical. Así, la autora establece cómo el verso fue utilizado, en principio, para la composición de saetas y villancicos que no eran otra cosa que lecciones religiosas, y luego, a medida que avanzaba el tiempo, sirvió a las canciones patrióticas de tinte político. No habrá poesía, tal como la entendemos hoy día, sino canción, hasta bien entrada la República, explica Vargas. Luego del texto de esta autora se halla una investigación de Basilio Tejedor sobre “El discurso épico colonial” (pp. 75-92), que pone en escena el papel de las epopeyas nacionales en toda literatura, afincándose, naturalmente, en el caso

venezolano. A continuación está la originalísima lectura que hace Álvaro Félix Bolaños sobre las *Elegías de varones ilustres de Indias* de Juan de Castellanos, un trabajo que intenta responder a una cuestión tan espinosa como: “De por qué todavía leemos como conquistadores” (pp. 93-106). El autor expone que seguimos leyendo hoy día la obra de los cronistas de Indias como un registro más o menos confiable de otra época, acaso heroica; y que el termómetro con el cual medimos el desarrollo de los habitantes de la antigua América y los primeros americanos muchas veces está ligado a la capacidad de estos para asimilar la cultura europea. Se trata de un texto profundo y complejo, sobre el que aquí apenas he apreciado algunas de sus líneas de discusión.

Sigue “El sujeto de la abundancia” (pp. 107-116), donde Julio Ortega revisa la noción de la literatura latinoamericana a partir de un eje doble: el de la abundancia de la realidad representada y del lenguaje con que esta se representa (“el derroche nominativo” del Barroco), o el de la carencia y penurias en que sujetos, escenarios y discursos se mezclan. Ortega propone que la literatura venezolana no debe leerse aisladamente, sino siempre dentro del contexto latinoamericano. Sin embargo, toma en cuenta algunos de los proyectos estético/políticos de mayor peso en la configuración de lo venezolano, desde Andrés Bello hasta Juan Sánchez Peláez, Rafael Cadenas o Ramón Palomares; desde Rómulo Gallegos y Teresa de la Parra hasta Salvador Garmendia.

Luego del texto de Julio Ortega se encuentra la minuciosa lectura realizada por Alberto Rodríguez Carucci de “La literatura colonial en la historiografía literaria” (pp. 117-132), que intenta ordenar las relaciones entre la literatura venezolana y la historia política del país (dónde acaba la historia y empieza la literatura como tal), revisando diversas lecturas historiográficas de nuestra literatura a lo largo de los siglos XIX y XX. La cuestión de la que parte Rodríguez Carucci no deja de ser inquietante: ¿no puede leerse ya en la literatura colonial el proceso cultural que nos hará devenir Tercer Mundo? El autor revisa las ideas de José María Rojas, Felipe Tejera, Julio Calcaño, Rafael Seijas, Rafael María Baralt, José Gil Fortoul y Gonzalo Picón Febres, que orbitan, en su mayoría, alrededor de la tesis de que no existe una literatura venezolana hasta que llegamos a la República, sencillamente porque antes de la República no existía Venezuela como tal, o bien, que sí existe una literatura nacional antes del siglo XIX, pero es menor, mediocre o no merece estudiarse. Luego el panorama cambia y la mirada de la crítica vuelve a posarse con renovado interés en la literatura colonial, así sea para decir, como lo hizo Pedro Díaz Seijas, que *la idea de una literatura colonial se opone a la idea de una literatura nacional*. Una idea que

es bastante similar a algunas de las que planteaban los estudiosos anteriores (Rojas, Tejeras, Calcaño, y los demás referidos hace un momento), pero los de ahora, como Seijas, al menos se toman la molestia de estudiar los textos coloniales para negarlos como parte de un corpus literario importante. En cualquier caso, ya en el siglo XX y a partir del declive del positivismo, la literatura colonial vuelve a ser revisada por Crispín Ayala Duarte, Joaquín Gabaldón Márquez, Mariano Picón Salas o Arturo Uslar Pietri, quien propone su escandalosa idea del “siglo silencioso” (según él, entre 1626 y 1723 no hay literatura en Venezuela), a la que se oponen Tulio Febres Cordero, Raimundo Lazo y Efraín Subero, para así volver, con los años, a la tesis primera, ya matizada, por otros escritores, por ejemplo, Roberto Lovera De Sola, quien apunta que, indudablemente, debe separarse la literatura de la historia escrita.

Otra lectura muy original sobre un viejo tópico es la que realiza Richard Rosa en “A seis grados de Andrés Bello: literatura y finanzas en los 1820” (pp. 133-152). El autor intenta leer los poemas fundacionales de Andrés Bello como fenómenos publicitarios derivados de la crisis económica de 1820 en el circuito financiero de Inglaterra, como si Bello hubiese pensado la “Silva” y la “Alocución” para que la crisis inglesa no se repitiera en América, lugar pleno de recursos y “ajeno a la corrupción”. Como si ambos textos –y América, por tanto– fuesen belleza en el deseo, la promesa de multiplicación y expansión de riquezas y bienestar. Según Rosa, Bello transforma “eucarísticamente” los objetos americanos de sus poemas para cumplir las fantasías del capitalismo europeo. Si bien el análisis de Rosa se centra en esa idea de *poesía utilitarista*, como la llamó Ángel Rama, su texto no pasa por alto una serie de elementos que parecen obligatorios en cualquier lectura de Bello (la tensión entre lo clásico y lo romántico, por ejemplo), pero lo interesante del ensayo es que todo se mira desde esa luz primera relacionada con la concepción de América.

Andrea Pagni, por su parte, en “Versiones y subversiones del canon europeo en el siglo XIX: Simón Rodríguez, Andrés Bello y Juan Antonio Pérez Bonalde” (pp. 153-176) explica cómo la construcción de las identidades y naciones latinoamericanas a lo largo del siglo XIX estuvo íntimamente ligada, en el mundo cultural, a la traducción y consumo de textos europeos no españoles: ingleses, franceses, alemanes, italianos. Pagni se enfoca en los rastros de ese contacto y cruce que lleva implícita toda traducción para el caso venezolano. Así, la traducción del *Contrato social* de Jean-Jacques Rousseau por parte de José María Vargas alrededor del año 1809 (Vargas, 1964), la de *Atala* de François-René Chateaubriand que efectúa Simón Rodríguez en 1801 (Rodríguez, 1975) o las múltiples versiones españolas que hacen Andrés Bello de Jacques Delille (Bello, 1981-1984) y Juan

Antonio Pérez Bonalde, de Heinrich Heine y, luego, también de Edgar Allan Poe (Pérez Bonalde, 1964) incorporan, todas, un saber y una sensibilidad a otros, a los propios, en una suerte de mestizaje lingüístico y cultural que prolonga y complica el meramente racial, gastronómico, social, por ejemplo. ¿Podemos acaso leer nuestra identidad como una traducción? Esa parece ser la duda que subyace a la investigación de Pagni, duda que su argumentación intenta resolver metiéndose de lleno en los vericuetos de tan complejo asunto.

El primer bloque de textos cierra con “Gestar la nación: prensa y cultura en el siglo XIX” (pp. 177-185). Allí, Alicia Ríos evalúa el papel que tuvo el periodismo en la construcción del ideal de nación. Desde la llegada de la imprenta a Venezuela (entre 1806 y 1808) hasta bien entrado el siglo XIX, Ríos se explaya sobre la idea de que la cultura venezolana republicana se gestó en la prensa. Al primer periódico, la *Gazeta de Caracas* (1808), le siguió la aparición paulatina de otros diarios o semanarios en la capital, en Cumaná, Angostura, Maracaibo, Guanare, Puerto Cabello, Valencia y en cada una de las ciudades que iba teniendo alguna importancia en la gesta republicana. La prensa, entonces, no fue solo el lugar por excelencia para todos y cada uno de los debates decimonónicos (santanderistas y localistas, federalistas y centralistas, liberales y conservadores, militaristas y civilistas, por ejemplo) sino también el primer espacio de publicación de las obras de algunos de nuestros intelectuales clave del siglo XIX: Juan Vicente González, José Gil Fortoul, Rufino Blanco-Fombona, y otros.

En la segunda parte: “La nación se moderniza” (pp. 187-376), se exploran las peripecias de la palabra escrita, la imagen y la historia cultural de Venezuela desde mediados del siglo XIX hasta principios del XX. El primer ensayo es el de Douglas Bohórquez sobre “Novela de formación y formación de la novela en los inicios del siglo XX” (pp. 189-200), quien intenta desentrañar las razones del vencimiento del costumbrismo y el naturalismo en nuestra narrativa o cómo el descuido en las formas y en la psicología del personaje son algunos de los factores que dan paso a la novela, tal como la entendemos hoy, y a la novela modernista especialmente, que en nuestro país alcanza un momento estelar con la obra de Manuel Díaz Rodríguez. La novela de formación, sin embargo, que es el tópico central del estudio de Bohórquez, cobra importancia justamente a partir de la crisis del Modernismo, y es esa crisis la que permite el surgimiento de la gran novelística venezolana, no solo de las obras de Díaz Rodríguez, sino también de las de Rómulo Gallegos, Teresa de la Parra y Guillermo Meneses, entre otros narradores. Belford Moré con su texto: “El soporte de la verdad y el saber sobre la literatura” (pp. 315-334) también se ocupa



del Modernismo como ya lo hizo Bohórquez, pero centrándose en los tres modelos del saber que prevalecieron durante el período modernista, y en una obra menos conocida de Díaz Rodríguez: *Camino de perfección* ([1910] 1942), en la que el narrador reflexiona demoradamente sobre la experiencia estética frente a la científica, sobre arte, literatura y ciencia.

Las miradas convocadas en *Nación y literatura* no se detienen solo en la novela o el ensayo. El libro se expande a otros géneros; llegamos así al texto de Gregory Zambrano, “El paisaje y la palabra creadora: (h)ojeada sobre la poesía fundacional” (pp. 201-216), que no pretende ir más allá del trazado de un mapa general de nuestra lírica, desde los intentos iniciales en el período independentista —cuando más que poetas había soldados que escribían versos— hasta la llegada de algunos de nuestros intelectuales fundacionales como Andrés Bello, Fermín Toro, José María Baralt y Cecilio Acosta. Zambrano seguirá el proceso de nuestra poesía en el romanticismo de José Antonio Maitín, Abigail Lozano, José Ramón Yepes, y Juan Antonio Pérez Bonalde; el parnasianismo de Miguel Sánchez Pesquera, Jacinto Gutiérrez Coll, Gabriel Muñoz, y Andrés Mata; el modernismo de Rufino Blanco-Fombona, Alfredo Arvelo Larriva, Elías David Curiel, y José Tadeo Arreaza Calatrava; continuará su recorrido histórico hasta llegar al “nativismo modernista” de Francisco Lazo Martí y a la extrañísima obra de Salustio González Rincones, que se anticipa franca y brutalmente a las vanguardias. La mirada de Zambrano pasa sin posarse demasiado rato en algún poeta o movimiento específico, pero ofrece ciertamente, y no pretende otra cosa, una panorámica bastante completa de la poesía venezolana fundacional, la que levanta los cimientos para entrar con buen pie en el siglo XX. Acerca de Bello, Toro, Baralt y Acosta, de Juan Vicente González, y de los intelectuales que giraron en torno a *Cosmópolis* y *El ojo ilustrado* se ocupa con rigor y detalle, ya no como simples narradores y poetas sino como críticos y forjadores de una cultura letrada y política, Ángel Gustavo Infante en su texto “Los críticos finiseculares o el lento arranque de la Modernidad” (pp. 335-340).

Al cierre del libro, Rafael Arráiz Lucca en “La poesía en camino hacia la vanguardia” (pp. 361-376) continúa con la panorámica iniciada páginas atrás por Gregory Zambrano, deteniéndose en algunas figuras clave de la poesía venezolana del nuevo siglo. La primera, como ya decíamos, es Salustio González Rincones, pero leído en medio de su contexto y del grupo al que perteneció: La Alborada. La segunda: Fernando Paz Castillo, lo que le permite al autor revisar la obra de toda la generación del 18, siempre a grandes saltos y sin detenerse demasiado, pues se trata de una lectura general. Arráiz también explora la vasta nómina de poetas que

circulan alrededor de esos dos polos de La Alborada y del 18, sin dejar a un lado otras voces fundamentales, como la de Enriqueta Arvelo Larriva. Así, prepara al lector para el conocimiento de la obra de otros poetas fundamentales que tendrá el siglo XX como José Antonio Ramos Sucre, Antonio Arráiz, Vicente Gerbasi, Ida Gramcko, entre otros.

De vuelta al orden del libro, en “Tramas de una polémica: La recepción del naturalismo” (pp. 217-228), Álvaro Contreras se ocupa de un momento de nuestra cultura acaso hoy menospreciado, la segunda mitad del siglo XIX, donde la noción de buena o mala literatura tenía que ver más con la calidad de sus ideas (sanas o corruptoras) y menos con la de sus formas. Lo que se aplaudía o chistaba a un intelectual era su orientación moral. Contreras pasa revista a las ideas de la época (Juan Manuel Cajigal, Nicanor Bolet Peraza, Enrique Tejera) y, especialmente, a tres novelas importantes del período: *Débora* de Tomás Michelena (1884), *Julián* (1888) de José Gil Fortoul (1956) y *Peonía* de Manuel Vicente Romerogarcía ([1890] 1972). En su demorada lectura de “La historia como tema y como referencia en la literatura” (pp. 351-360), también Alexis Márquez Rodríguez se ocupa de *Peonía*. Y de *Los mártires* (Toro, [1842] 1966), *Zárute* (Blanco, [1882] 1972), la *Silva criolla* (1901) (Lazo Martí, 2000) y muchos otros textos de diversos géneros que han puesto en escena, desde lo literario, la historia de la nación.

Carmen América Affigne, en “Flores venezolanas’ y fiestas patrias en el centenario de Simón Bolívar (1883): riesgos y ganancias de la participación femenina” (pp. 229-248), estudia, a su vez, el espacio de participación que tuvo la mujer durante el gobierno de Guzmán Blanco, especialmente en lo concerniente a la gran Exposición Nacional con motivo del centenario del nacimiento del Libertador. Palabras como *caridad* y *beneficencia* son claves en ese sentido para entender el rol femenino de la época. Affigne dice que la mujer servía como *enfermera de la nación* o como *bisagra entre familia y nación*. Se trata, sin duda, de un texto que amplía el estrecho panorama en lo relativo a los estudios de género en Venezuela y que echa luz sobre un territorio cubierto por densas sombras.

De otro tono y talante son los dos ensayos siguientes: en “Escrituras en tránsito: viajeros europeos en el siglo XIX” (pp. 249-268), Gina Saraceni explora los testimonios de una serie de viajeros europeos (británicos, franceses, alemanes, checos, húngaros) que pasaron por Venezuela durante el siglo XIX. Continuando la tradición fundada por Cristóbal Colón y los cronistas de Indias, y luego de la labor invaluable de Alejandro de Humboldt y Aimé Bonpland en América, la lectura de estos testimonios alternativos le permite a Saraceni pensar en el viaje como en un

mecanismo efectivo de apropiación y colonización de espacios físicos, culturales y humanos. Una revisión de la identidad propia desde la alteridad, que puede ser altamente iluminadora al ofrecer una perspectiva diversa de nuestro territorio u otra mirada sobre nosotros mismos.

Beatriz González Stephan, por su parte, en “¿Cómo dejar de ser tropicales? La negociación de los estilos modernos en las exposiciones universales: la primera exposición venezolana” (pp. 269-290), parte de la idea de que el cuerpo letrado y político decimonónico se valió de imágenes americanas como la de la “selva tropical” para elaborar imaginarios determinados y hacer ver el país como lo que deseaba ser, intentando interesar las miradas extranjeras en él. La imaginación europea necesitaba proyectar sobre América, por ejemplo, la fantasía del espacio vacío para ocuparlo, modernizarlo y repoblarlo. Así, después del dibujo de sir Robert Ker Porter que recorre Europa y muestra una Caracas devastada por el terremoto de 1812 y la Guerra Federal, el Gobierno de Antonio Guzmán Blanco decide tomar acciones para cambiar la imagen de la capital y exportarla, rehaciendo fachadas y reacondicionando la ciudad para darle una apariencia “rentable para inversión y extracción”. González Stephan analiza cada una de las sutilezas del proyecto de Guzmán Blanco, centrándose en la idea de las implicaciones políticas de un cierto uso arquitectónico (el uso del gótico como rechazo de lo español atrasado y como alabanza de lo urbano moderno inglés o francés), en la importación de manifestaciones culturales de raigambre europeizante (la representación de *Aída* y *Nabucco* en espectaculares teatros caraqueños), y en toda la parafernalia que representó la Primera Exposición Venezolana. Páginas después, Rafael Castillo Zapata también hace una lectura que va más allá de lo meramente literario en “Las disciplinas de la pose: la construcción fotográfica del indígena” (pp. 341-350), donde explora cómo el indígena, desde las fotografías de la época, no es más que “un espécimen dispuesto para la curiosidad del saber o del poder institucionalizado”. Así, partiendo del texto ya clásico de Sylvia Molloy (1994) y analizando diversos documentos fotográficos de núcleos urbanos o de comunidades indígenas, nota que la disposición a posar en sujetos urbanos y periféricos es totalmente opuesta. Y que en la producción de esos documentos fotográficos —y en la lectura que de ellos podemos hacer hoy día— tiene un gran peso ese decir indirecto de la ironía: decir una cosa, dando a entender otra.

El recorrido continúa con dos textos no menos interesantes, y con el comentario de ambos cerramos esta primera entrega. En el primero, “Escritoras, editoras y directoras de revistas en el siglo XIX” (pp. 291-304), Mirla Alcibiades

continúa explorando el papel de la mujer en la cultura nacional decimonónica. Esta vez el motivo central del texto tiene que ver con la educación femenina. Y su punto de partida es nada más y nada menos que una alerta de Simón Rodríguez (y luego una idea similar de Andrés Bello) al Cabildo de Caracas sobre la necesidad de una escuela para niñas. Alcibíades, sin embargo, no se queda a solas con el caso venezolano, sino que profundiza el problema explorando el resto del continente latinoamericano (el caso de Gertrudis Gómez de Avellaneda, en Cuba, por ejemplo) y va más allá de la educación para intentar pensar los problemas que tuvieron que plantearse las mujeres (escritoras o editoras de revistas femeninas) para formar parte de la cultura nacional. El segundo texto no deja de lado lo femenino, es un ensayo de Nathalie Bouzaglo titulado “La nación adulterada: novelas de adulterio a fines del siglo XIX” (pp. 305-314), en el que –tras una lectura minuciosa de tres novelas: *Débora* de Tomás Michelena (1884), *Fidelia* de Gonzalo Picón Febres (1893), y *El hombre de hierro* de Rufino Blanco Fombona ([1907] 1988)– se intenta resolver la cuestión de si el adulterio, tal y como se narra y problematiza en estas novelas, no reforzará la familia y el hogar en vez de transgredirlos; o si más bien el adulterio puede ser leído como síntoma del fracaso del proyecto nacional en tanto “el fundamento biológico de la nación” es la familia, rota en este caso.

Desde muy diversas perspectivas, entonces, y pasando por distintas etapas, géneros, textos e imágenes, las primeras dos partes de *Nación y literatura* ofrecen una interesante y variada lectura de nuestra cultura escrita desde el encuentro de América y Europa hasta inicios del siglo XX. Una lectura que se amplía y redondea en las tres partes siguientes del libro, a las que dedicaré la segunda parte de esta reseña que se publicará en el próximo número de *Akados* (n.º 2, vol. 9), para entrar de lleno en el siglo XX y poder llegar a un panorama más completo de la cultura venezolana. Y ver, así, si es posible entender lo que fuimos, somos y seremos, y si se puede apostar por una sensibilidad específica y una idea de nación particular desde lo que nos ofrece la palabra escrita en nuestro país, desde las primeras manifestaciones literarias de las que tenemos noticia hasta lo que se está escribiendo hoy.

Roberto Martínez Bachrich  
Universidad Central de Venezuela  
robmarbach@gmail.com

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BELLO, A. (1981-1984). *Obras completas de Andrés Bello*. Caracas: Fundación La Casa de Bello.
- BLANCO, E. ([1882] 1972). *Zárate*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- BLANCO FOMBONA, R. ([1907] 1988). *El hombre de hierro*. Caracas: Monte Ávila.
- DÍAZ RODRÍGUEZ, M. ([1910] 1942). *Camino de perfección y otros ensayos. Apuntaciones para una biografía de Don Perfecto*. Caracas: Editorial Cecilio Acosta.
- GIL FORTOUL, J. (1956). *Julián (bosquejo de un temperamento)*. En *Tres novelas*, (18-88). Caracas: Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes.
- LAZO MARTÍ, F. (2000). *Poesía*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- MICHELENA, T. (1884). *Débora. Novela original*. Barcelona, España: L. Tasso y Serra.
- MOLLOY, S. (1994). La política de la pose. En J. Ludmer (comp.), *Las culturas de fin de siglo en América Latina*, (128-138). Buenos Aires: Beatriz Viterbo.
- PÉREZ BONALDE, J. A. (1964). *Obras completas*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua.
- PICÓN FEBRES, G. (1893). *Fidelia (novela de costumbres venezolanas)*. Curazao: A. Bethencourt e hijos.
- RODRÍGUEZ, S. (1975). *Obras completas*. Caracas: Universidad Simón Rodríguez.
- ROMEROGARCÍA, M. V. ([1890] 1972). *Peonía (novela de costumbres venezolanas)*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- TORO, F. ([1842] 1966). *Los mártires*. Novela. Caracas: Centro de Estudios Literarios. Escuela de Letras. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela.
- VARGAS, J. M. (1964). *Obras completas*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.





MERCEDES SEDANO, ADRIANA BOLÍVAR Y MARTHA SHIRO (compiladoras). (2006). *Haciendo Lingüística. Homenaje a Paola Bentivoglio*. Caracas: Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.

El libro *Haciendo Lingüística. Homenaje a Paola Bentivoglio* reúne, en una esmerada y cuidada edición, cincuenta y tres artículos de reconocidos lingüistas en el ámbito nacional e internacional. Tiene dos objetivos fundamentales: por una parte, rendir un homenaje a una de las figuras más destacadas de la lingüística venezolana, Paola Bentivoglio, y por otra, ofrecer al lector un amplio panorama de los estudios actuales en lingüística. La obra es una excelente compilación realizada por Mercedes Sedano, Adriana Bolívar y Martha Shiro, reconocidas lingüistas y profesoras titulares de la Universidad Central de Venezuela (UCV).

La recopilación de artículos está precedida por una introducción que contiene la presentación de la obra, las publicaciones de Paola Bentivoglio, y las semblanzas. En la “Presentación” (pp. 11-15), las compiladoras exponen el motivo que impulsó la preparación de esta obra: el reconocimiento a la trayectoria de la homenajeadada como docente e investigadora. Asimismo, ofrecen un breve recorrido por la historia profesional de esta lingüista. Paola Bentivoglio nace en Italia y vive allí hasta 1956. En esta fecha llega a Caracas e inicia sus estudios en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela (UCV). En 1970 comienza su carrera universitaria junto al filólogo Ángel Rosenblat, en el Instituto de Filología “Andrés Bello” (IFAB). Actualmente, es profesora titular jubilada de la Universidad Central de Venezuela y es coordinadora de la Maestría en Lingüística en la Comisión de Estudios de Postgrado de la UCV. Bentivoglio ha ejercido su labor docente y de investigación en numerosas universidades nacionales e internacionales y ha recibido diversos premios y distinciones.

La sección “Publicaciones de Paola Bentivoglio” (pp. 17-24) reúne una larga lista de libros y artículos publicados en treinta años, que constituyen el legado de esta investigadora a los estudios del área de lingüística. En la lista de títulos publicados se puede observar que Paola Bentivoglio se ha ocupado de estudiar distintos fenómenos lingüísticos presentes en la lengua española y, en especial, en el español de Venezuela.



En la sección “Semblanzas” (pp. 25-31), sus colegas y discípulos de Venezuela y de distintas partes del mundo hablan de Paola Bentivoglio. Todos ellos coinciden en definirla como una investigadora rigurosa, incansable y de empuje, y como una persona generosa y solidaria.

En “Artículos”, la parte más amplia del libro, se ofrece un panorama muy completo de la investigación lingüística. Investigadores nacionales e internacionales presentan sus estudios en las distintas áreas de la lingüística. Esta sección está dividida en cinco partes: 1: Fonética, fonología y entonación; 2: Gramática; 3: Léxico y semántica; 4: Discurso y pragmática; 5: Historia, sociedad, teoría y metodología.

La sección “Fonética, fonología y entonación” (pp. 35-143) reúne siete artículos en los que se tratan diversos aspectos fonético-fonológicos relacionados con lenguas indígenas, adquisición del lenguaje, fenómenos segmentales y suprasegmentales. En relación con las lenguas indígenas, hay un artículo dedicado a la interacción de procesos fonológicos segmentales de elisión en el kariña, lengua indígena hablada en Venezuela. Las investigaciones que tienen que ver con los procesos de adquisición de la lengua materna estudian específicamente la adquisición de los patrones de variación sociofonológica en niños caraqueños, y la reduplicación y asimilación en el desarrollo del lenguaje. En el plano de los fenómenos segmentales, se lleva a cabo un análisis funcional de los fonemas vibrantes en español, así como una revisión de los alfabetos fonéticos AFI y SIL. Por último, cabe destacar, en el plano suprasegmental, un artículo sobre la entonación en el español de México.

La sección “Gramática” (pp. 147-409) está constituida por catorce artículos en los que se analizan diversos fenómenos morfosintácticos y distintos aspectos teóricos de la gramática. Desde una perspectiva diacrónica, se estudian los verbos *haver* y *ter* en la historia del portugués. Asimismo, se analizan diferentes estructuras presentes en el español actual: las formas del subjuntivo, los verbos en los refranes, las construcciones *¿cómo qué...?* y *uno + preposición + otro*. La estructura argumental preferida es analizada tanto en el sakapulteko, lengua maya, como en su relación con los rasgos de animación y accesibilidad del referente. Desde la teoría generativista, se estudian los niveles de complementación nominal y la anáfora recíproca. En este capítulo también se incluyen un estudio sobre las formas verbales que expresan irrealidad en el francés, una revisión teórica sobre el complemento objeto en inglés, y una



investigación sobre bilingüismo español-inglés en niños en edad preescolar. Por último, se hace una revisión histórica de las categorías gramaticales a través de las obras más relevantes del español en esta materia.

La sección titulada “Léxico y Semántica” (pp. 413-614) está compuesta por catorce artículos que tratan diversos aspectos del nivel léxico-semántico, algunos con un enfoque más teórico y general, otros con abordajes descriptivos más específicos centrados en el español de Venezuela, en el español de América o en el español de Canarias. Se estudian en esta sección temas como la metaforización, las formas de tratamiento, el léxico de algunas regiones desde una perspectiva diacrónica y sincrónica, y la labor lexicográfica en lugares específicos. Es importante destacar que, si bien la mayoría de los artículos de esta sección se centran en estudios léxico-semánticos, hay algunas investigaciones que analizan formas léxicas desde una perspectiva pragmática o sociolingüística. Los aspectos semánticos analizados son los siguientes: los mecanismos lingüísticos implicados en la feminización de sustantivos que remiten a profesiones, cargos, títulos y funciones socialmente reconocidas; la metaforización de los términos *despegar* y *aterrizar* como un proceso en el que se puede apreciar el modelo mental trifásico de la elaboración de las categorías y de los eventos esenciales; y un estudio sobre el cambio semántico del término *flexibilidad* y su extensión de uso desde el campo socioeconómico a otras áreas. En el área lexicográfica se inscriben cuatro artículos: un estudio comparativo entre el español de Caracas y México en cuatro campos léxicos (cuerpo humano, alimentación, vestuario y casa); un estudio del léxico del campo agrícola en el español de República Dominicana y Puerto Rico; una investigación sobre los dialectismos presentes en el léxico de Gran Canaria; y, por último, un artículo que ofrece un inventario de voces presentes en la Biblia de Alba, un manuscrito del siglo XV, los cuales formarán parte del proyecto “Nuevo Tesoro Lexicográfico del español”. Desde una perspectiva diacrónica, se realiza una revisión panorámica de la lexicografía chilena que Ambrosio Rabanales caracteriza como una disciplina que ha mantenido su tradición científica desde finales del siglo XIX, si bien aún falta un diccionario del español de Chile que se desprenda del principio de contrastividad con el diccionario de la Real Academia. Asimismo, desde esta misma perspectiva se analizan los verbos *ser*, *estar*, *haber* y *tener* en la lengua escrita de los siglos XVI al XVIII y en el español hablado de Caracas. Desde la perspectiva sociolingüística,

se analizan la posición del sujeto “ligero” en relación con el tipo de oración y factores pragmáticos del discurso, y las formas pronominales de tratamiento (*tú, vos, usted, ustedes, vosotros*) en Santiago de Chile. Por último, en la sección se incluye una investigación sobre los usos de los pronombres *ustedes* y *vosotros* en las traducciones de obras escritas por autores estadounidenses y publicadas en Buenos Aires desde 1942 hasta 1967.

La sección titulada “Discurso y pragmática” (pp. 617-706) ofrece siete artículos. Tres de estos artículos estudian aspectos relacionados con el español de Venezuela, dos son de corte histórico, uno analiza la narrativa oral y escrita en panare, lengua indígena de Venezuela, y otro está dedicado al estudio de la metacognición y el lenguaje escrito. Sobre el español de Venezuela se estudian los siguientes fenómenos discursivos: las estrategias discursivas de atenuación utilizadas por mujeres merideñas; el empleo de la figura de Bolívar como recurso discursivo en los discursos de toma de posesión de tres presidentes venezolanos (Carlos Andrés Pérez, Rafael Caldera y Hugo Chávez); y las argumentaciones con fines persuasivos en artículos de opinión de carácter político. Los artículos de corte histórico analizan el discurso epistolar en las cartas de relación y las cartas de emigrantes a Indias del siglo XVI, así como los rasgos lingüísticos presentes en tres textos escritos en Perú en el siglo XVI. Por último, se ofrece un estudio contrastivo entre lengua oral y escrita en textos narrativos del panare, lengua indígena de Venezuela; y también se presenta un análisis estadístico sobre la comprensión de textos escritos y los procesos cognitivos implicados en el proceso de lectura.

La sección titulada “Historia, sociedad, teoría y metodología” (pp. 709-857) está conformada por once artículos. Cabe señalar que esta sección incluye artículos que tocan temas muy diversos. Si agrupáramos esta sección desde el punto de vista temático, podríamos concluir que son cuatro grandes ejes los que la componen: uno teórico en el que se encuentran temas relacionados con la lingüística variacionista, el signo lingüístico, y la relación entre lenguaje, individuo y sociedad; otro dedicado a estudios lingüísticos más específicos en el que se analizan aspectos como las actitudes lingüísticas de los brasileños en la frontera amazónica; un tercer eje en el que se realizan revisiones teóricas en los estudios lingüísticos en Brasil y Latinoamérica, y en obras publicadas sobre el español hablado durante el período 1950-1999; y, por último, un conjunto de artículos dedicados a estudios sobre historia de la lengua.



## RESEÑAS

La presente recopilación resulta muy valiosa por cuanto ofrece una visión bastante completa de las teorías y métodos de la lingüística actual. Los autores de los artículos son reconocidos investigadores y docentes de la lingüística pertenecientes a las principales universidades de América y de Europa.

Laura Pérez Arreaza  
Universidad Central de Venezuela  
lperezarreaza@yahoo.es

Nerea Zabalegui  
Universidad Central de Venezuela  
nezaba@yahoo.es

